



Viaje de Egeria

EL PRIMER RELATO DE UNA VIAJERA HISPANA

EDICIÓN DE CARLOS PASCUAL

CUADERNOS DE HORIZONTE

LDH

Egeria

GALLAECIA, HISPANIA, S. IV

*

Originaria, posiblemente, de la provincia de Gallaecia, en la Hispania romana, esta dama de familia noble o pudiente realizó una larga peregrinación a los Santos Lugares entre los años 381 y 384, relatando su viaje a través de cartas o misivas.

*

Carlos Pascual: escritor y viajero infatigable, es autor de varios libros y de numerosos artículos de viajes publicados en diversos medios españoles y extranjeros a lo largo de las últimas décadas. La presente edición es su actualización de la traducción del texto latino, introducción y notas publicadas en 1994 (Editorial Laertes), todo ello revisado y ampliado en la actual versión.

CUADERNOS
DE HORIZONTE
SERIE ¿QUÉ HAGO
YO AQUÍ?

Viaje de Egeria

*El primer relato
de una viajera hispana*

EDICIÓN, PRÓLOGO,
TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
CARLOS PASCUAL

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Título de esta edición:

Viaje de Egeria.

El primer relato de una viajera hispana

Primera edición en

LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES:

junio de 2017

© de esta edición:

LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES:

www.lalineadelhorizonte.com

info@lalineadelhorizonte.com

© de la edición, prólogo, traducción y notas:

Carlos Pascual

© de la maquetación y el diseño gráfico:

Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

© de la maquetación digital: Valentín Pérez Venzalá

Depósito Legal: M-16179-2017

ISBN: 978-84-15958-63-5 | IBIC: FJH, WTL

Imprime: Cofás | Impreso en España | *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

*Viaje
de Egeria*

En los últimos años del siglo IV, cuando el imperio romano está a punto de derrumbarse, una mujer hispana de alto linaje se pone en camino para conocer y venerar los Santos Lugares recién «descubiertos» por santa Helena. Atravesando la Vía Domitia, llega a la capital de la *pars orientis* del Imperio, Constantinopla, continúa hasta Jerusalén, recorre parajes bíblicos, incluido el Sinaí y algunos lugares de la Mesopotamia romana. Va narrando cuanto ve, con deliciosa frescura, en unas cartas dirigidas a las amigas que quedaron en la patria. Su relato, copiado por algún monje en el siglo XI, fue hallado en 1884 en una biblioteca italiana. Tras una ardua investigación, se pudo poner nombre y rostro a esa matrona piadosa: Egeria, la primera viajera y escritora hispana de la que tengamos noticia.



*El primer relato
de una viajera hispana*

INTRODUCCIÓN



UN HALLAZGO COLOSAL

La historia de la que vamos a ocuparnos podría servir como argumento de suspense. Corría el año 1884 y un erudito italiano, Gian Francesco Gamurrini, rebuscaba y ponía un poco de orden entre polvorientos legajos y manuscritos de la Biblioteca della Confraternità dei Laici (o de Santa María), en Arezzo. Un códice atrajo especialmente su atención. Se trataba de unos pergaminos en latín, copiados en el siglo XI, en los cuales aparecían juntos –aunque escritos por distinta mano– dos textos que nada tenían que ver entre sí. El primero, eran fragmentos de San Hilario de Poitiers. El otro escrito resultaba más intrigante, pues era una curiosa relación de un viaje a Tierra Santa, escrito en época muy temprana, y por una mujer anónima que hablaba en primera persona.

Por lo que podía apreciarse a simple vista, en este segundo escrito faltaban bastantes hojas; muchas al principio, algunas al final, puede que alguna de por medio... Un examen reposado del hallazgo comenzó a arrojar las primeras luces. Se trataba de unas «notas de viaje» redactadas según un molde ya conocido, la *peregrinatio itinerarium*, uno de los más tempranos géneros medievales, según la tipología clásica de Jean Richard. Lo curioso del caso es que las notas es-

taban redactadas en forma de misivas o cartas, hacia finales del siglo IV o comienzos del V.

Al parecer, la redactora escribía a unas lejanas *dominae et sorores* («señoras y hermanas») que habrían quedado muy lejos, en la patria común, a la cual ella confiaba en volver, según indicaba al final de su relato. La autora había realizado un largo periplo, desde «tierras extremas» hasta los lugares bíblicos, y describía estos a sus remotas destinatarias con una frescura y candor de lenguaje que cautivaban desde el primer momento: aquella era una obra singular.

14

Inmediatamente, Gamurrini se puso a hacer averiguaciones y a investigar más a fondo cómo y desde dónde habría llegado hasta Arezzo aquel códice. Por la forma de la escritura y la datación del mismo, se podía presumir que este había sido transcrito en el *scriptorium* de la célebre abadía benedictina de Montecasino; de hecho, parecía que ese mismo códice había servido al bibliotecario de dicha abadía, Pedro Diácono, para redactar el tratado o catálogo *De locis sanctis* hacia 1137. Hacia 1610, el abad Ambrosio Rastrellini lo habría llevado consigo desde Montecasino al monasterio de las santas Flora y Lucilla, en Arezzo, al hacerse cargo de este último; y de allí habría pasado a la Biblioteca della Confraternità al suprimirse, en 1810, la abadía aretina, filial de la de Montecasino.

Pero esto no resolvía las principales dudas. ¿Quién era aquella mujer cuyo relato había sido copiado en el siglo XI por la mano abnegada de algún monje? ¿En qué época exacta había llevado a cabo sus andanzas y las había puesto por escrito para que sus *sorores* pudieran ver a través de su mirada viajera los lugares más venerados de la cristiandad?

Al año siguiente de su hallazgo, el propio Gamurrini lanzaba las primeras hipótesis y ponía nombre a la anónima redactora: se trataría, según le pareció vislumbrar «en súbita iluminación», de Silvia de Aquitania (o Sylvania), hermana del prefecto Flavio Rufino, en tiempos del emperador Teodosio, en los últimos años del siglo IV. Ese fue el nombre y autoría que aventuró en la edición príncipe del texto, en 1887, y también en la segunda edición, más cuidada, del año siguiente.

Pero ya en ese último año las dudas se tornaban cada vez más espesas para el propio Gamurrini. En 1903, el benedictino Dom Mario Férotin daba un golpe de timón definitivo: la autora no era Silvana o Sylvania, sino una tal Etheria o Egeria, de la que se tenían confusas noticias. Concretamente, aparecía elogiada por su intrepidez viajera y su piedad en una carta escrita por el abad Valerio a unos monjes del Bierzo en el siglo VII; dicha carta había sido recogida por

el padre Enrique Flórez en su monumental obra *España Sagrada*, un significativo fruto del enciclopedismo ilustrado del siglo XVIII.

Así que, según Férotin, la verdadera redactora de la hasta entonces conocida como *Peregrinatio Silviae* sería, en realidad, la hispana Etheria o Egeria. Más adelante veremos con algo de detalle cómo se fueron desbrozando hipótesis, y cómo se llegó a fijar la autoría del escrito hallado por Gamurrini —entretanto, en 1909, De Bruyne había encontrado otras hojas sueltas del mismo viaje entre los Manuscritos de Toledo de la Biblioteca Nacional de Madrid; hojas, por cierto, copiadas un par de siglos antes que las de Arezzo—. De momento, lo que nos interesa retener es que el hallazgo de Gamurrini sacaba de pronto a la luz a una mujer hispana como verdadera artífice de aquel relato.

La importancia de estas averiguaciones es evidente. Estaríamos, posiblemente, en presencia de *la primera escritora española* de nombre conocido cuya obra haya llegado a nuestras manos. Y su relato, *el primer libro español de viajes*. Porque, aunque fuera redactado con otros propósitos, concretamente desde la piedad religiosa, lo cierto es que el texto de Egeria constituye un auténtico diario de ruta, que anticipa en bastantes siglos lo que algunos exploradores medievales convertirían en género literario, y

no digamos los viajeros románticos, mucho después. Incluso el vehículo formal de sus observaciones y anotaciones —la forma epistolar— es un molde adoptado por escritores viajeros de todas las épocas.

Con nuestra mentalidad actual, digerida la revolución copernicana, y con la sacudida de los descubrimientos actuales y el abismo sin fondo que ofrecen a nuestra imaginación de personas del siglo XXI, resulta difícil calibrar lo que supuso el viaje de Egeria. Un periplo que atravesó *todo el orbe* conocido —como se encargaría de glosar Valerio—; un viaje que solo se detuvo ante aquellos confines informes en los que el mundo civilizado se difuminaba en franjas oscuras, no sometidas a la *disciplina romana*, y anilladas hacia los límites del universo.

Nos cuesta, asimismo, imaginar el verdadero valor de las distancias, y de las fatigas para vencerlas, en aquel mundo del siglo IV, cuando el Imperio romano, por algunos rincones de su dilatada masa, comenzaba a fermentar y a corromperse, cercano a su total derrumbe. Pero no es el viaje en sí, por meritorio que se quiera, lo que da grandeza e importancia al relato de Egeria. Lo relevante es, sobre todo, el relato mismo. Lo notable es el paladar fino de viajera «de raza» que sabe detenerse en detalles, degustar el trajín, al margen de sus piadosos móviles, adelantarse en

muchos siglos a la sensibilidad que llegaría después a cristalizar en sólido género literario.

El que, posiblemente, debemos considerar como primer clásico viajero español no es un torpe balbuceo, sino una obra fresca y espléndida que merece mayor justicia. Solo estudiosos y eruditos se han ocupado hasta ahora del manuscrito de Egeria. Pero su relato, por sí mismo y por lo que significa, merece ser conocido por el público en general, al menos por el público amante de la literatura viajera. Lo merece el relato y lo merece su autora. Porque la figura de Egeria tiene todos los ingredientes para encandilar a cualquier lector sensible: es una figura tan apasionada como apasionante.

18

UNA MONJA...DE LEYENDA

Cuando Gamurrini descubrió el códice de Arezzo, su primer desafío era sacar a la autora del anonimato. En un principio, como dijimos, Gamurrini creyó que podría tratarse de Silvia (o Sylvania) de Aquitania, por las alusiones que se hacen al río Ródano y algunos modismos del latín empleado. Pero las dudas se hacían cada vez más consistentes; Silvia no era hermana de Flavio Rufino, como se había dicho, sino *γυναικαδελφη*, «hermana de su mujer», cu-

VIAJE DE EGERIA



LLEGADA AL SINAÍ

[...] Reanudando nuestra expedición, llegamos a un paraje en el que las montañas por entre las cuales discurríamos se abrían y configuraban un valle dilatado, completamente alisado y sumamente placentero. Al fondo de la vaguada se erguía el monte santo de Dios, el Sinaí. El lugar donde los montes se apartaban se halla contiguo al enclave en que se encuentran las «Tumbas de la Concupiscencia»¹⁸. Cuando se llega a este punto, es costumbre, según nos previnieron los venerables guías que nos acompañaban, que quienes lo alcanzan, y divisan desde allí por vez primera el monte santo de Dios, se recojan en oración. Eso es lo que nosotros hicimos. Habría desde este lugar hasta el monte de Dios unas cuatro millas, pues ya dije que se trata de un valle espacioso.

Es, en efecto, una inmensa vaguada que se ciñe al piedemonte y que puede tener —según pudimos estimar a simple vista y por lo que nos decían— unos dieciséis mil pasos de longitud por unos cuatro mil de anchura, según calculaban. Teníamos que atravesar el valle antes de poder iniciar el ascenso al monte. En esta depresión amplia y lisa fue donde acamparon los hijos de Israel durante aquel tiempo en que el santo Moisés subió a la montaña del Señor, permane-

ciendo en ella por espacio de cuarenta días y cuarenta noches. Es este también el valle donde se fabricó el becerro de oro; hoy día se sigue mostrando ese lugar exacto, ya que se conserva hincada en dicho punto una enorme roca.

Y se trata asimismo del valle a cuya entrada se encuentra el lugar en el que Dios habló repetidas veces, desde la zarza ardiendo, al santo Moisés, mientras este apacentaba los rebaños de su suegro. Como el mejor itinerario a seguir parecía ascender a lo que se ve desde esta parte de la montaña de Dios, ya que bordeando por donde veníamos teníamos la mejor subida, y luego desde allí descender de nuevo a la cabecera del valle, es decir, adonde se encontraba la zarza, pues por allí era por donde mejor se podía bajar del monte de Dios, nos pareció el más conveniente el siguiente plan: después de ver todo cuanto deseáramos, descenderíamos de la montaña y nos llegaríamos hasta el lugar de la zarza, y desde allí, atravesando por medio de la hoya en toda su longitud, reemprenderíamos el camino con aquellos hombres de Dios que nos irían mostrando, a lo largo del valle, cada uno de los lugares mencionados por las Escrituras.

Y así es como hicimos. Alejándonos, pues, del punto en que, procedentes de Farán, nos habíamos detenido a hacer oración, nuestros pasos se adentraron a través de la cabecera del va-

lle, acercándonos así al monte de Dios. La montaña, vista de lejos, parece ser una sola, pero una vez que te internas en ella, vas descubriendo cimas diversas, si bien es todo el conjunto lo que se llama Monte de Dios. Aunque de manera especial se llama así a un pico que se halla en medio de todos los demás y en cuya cúspide se encuentra el lugar exacto al que descendió la majestad de Dios, según rezan las Escrituras.

Aunque todos los promontorios que hay en derredor son tan elevados como yo no creo haber visto jamás, el que está en medio, y al cual descendió la majestad divina, es tan superior a todos los otros que, cuando alcanzamos su cima, todas aquellas montañas que nos habían parecido tan encumbradas se extendían ahora a nuestros pies como si se tratara de humildes collados.

Hay una cosa digna de admiración, que yo creo solo puede deberse a un prodigio divino, y es que ese monte que se encuentra en medio de los otros, y al que se llama Sinaí de manera singular, es decir, aquel sobre el cual descendió la majestad de Dios, ese monte, digo, no resulta sin embargo visible a menos que te acerques hasta su mismo pie; eso, antes de ascenderlo. Una vez que, satisfechos tus deseos, descienes de él, entonces y solo entonces puedes contemplarlo de frente, cosa que resulta imposible antes de escalarlo. Yo conocía ya esta particularidad antes

de que llegáramos a la montaña del Señor, pues algunos hermanos me habían hablado de ello y, tras mi visita, pude comprobar que, efectivamente, así ocurría.

SUBIDA AL MONTE DE DIOS

66

Así pues, el sábado por la tarde nos adentramos en la zona montuosa y llegamos hasta algunos eremitorios donde los monjes que allí moraban nos acogieron de manera muy cordial, ofreciéndonos toda su hospitalidad; hay allí incluso una iglesia con un sacerdote¹⁹. Pernoctamos allí, y al despuntar la mañana del domingo comenzamos a escalar, una tras otra, las sucesivas cimas, acompañados por el propio sacerdote y los monjes que allí habitaban. Estas cimas solo se pueden conquistar a costa de ingentes esfuerzos, ya que no puedes ascender poco a poco y dando rodeos, en línea de caracol, como suele decirse, sino que tienes que subir directamente como por una pared, y descender igualmente en línea recta cada uno de aquellos montes antes de llegar al pie mismo de ese promontorio que se alza en medio de todos los demás y al que se llama Sinaí de manera singular.

De modo que, cumpliendo la voluntad de Cristo nuestro Señor, reconfortada con las pre-

ces de los santos hermanos que me acompañaban¹⁹ proseguí adelante no sin grandes fatigas, ya que tenía que ascender a pie, pues no era posible continuar sobre la montura. Pero el cansancio apenas hacía mella en mí; y si no acusaba la fatiga ello se debía, en buena medida, a que al fin veía cumplirse mi deseo, según la voluntad divina. De manera que, hacia la hora cuarta²⁰, ganamos la cumbre de aquella montaña santa de Dios, el Sinaí, donde fue dada la Ley, es decir, el lugar mismo al que descendió la majestad divina en aquel día en que el monte se cubrió de humo.

Ahora se alza en aquel paraje una iglesia de dimensiones modestas, ya que el propio enclave, es decir, la cúspide del monte, no es demasiado espaciosa; el templo, no obstante, posee en sí mismo una gran armonía²¹. Cuando, gracias a Dios, alcanzamos por fin la cumbre y nos aproximamos al umbral mismo de la iglesia, nos salió al encuentro un sacerdote que venía de su propia ermita y que estaba al servicio de dicho templo; un anciano venerable que había abrazado la vida monacal desde su primera edad, convertido en un «asceta» —como se dice por aquí—; en fin, qué os voy a contar, un hombre digno realmente de estar en semejante puesto.

También nos salieron al encuentro otros sacerdotes, así como todos los monjes que habitaban en las inmediaciones del monte, excepto,

claro está, aquellos a quienes la frágil salud o la avanzada edad se lo impidieron. Pero en lo que es propiamente la cima de la montaña aquella que se alza en medio de las demás, no mora nadie. Nada hay allí aparte de la iglesia y la cueva en que se refugió el santo Moisés.

Tras haber leído, pues, en aquel preciso lugar todos los pasajes del libro de Moisés, hecha la oblación ritual²² y después de haber comulgado, cuando salíamos ya de la iglesia, nos entregaron los presbíteros del lugar unas «eulogias» o presentes²³, concretamente unas frutas que se crían en el propio monte. Pues aunque la montaña santa del Sinaí es toda ella tan pedregosa que no crece en ella ni un arbusto, sin embargo más abajo, cerca del piedemonte tanto del pico que se alza señero como de los otros que lo circundan, hay algo de terreno aprovechable. De manera que los venerables monjes se afanan en plantar arbolillos y huertos frutales, o sembrados, junto a sus eremitorios, con lo que consiguen recolectar algunos frutos de la tierra del propio monte, aunque son más bien el fruto de sus manos.

De modo que, tras haber comulgado y tras recibir los presentes que nos ofrecieron aquellos santos varones, al salir del atrio de la iglesia, comencé a rogarles que nos fueran enseñando uno por uno los lugares santos. Al punto

se aprestaron aquellos hermanos a mostrarnos cada cosa. Nos hicieron ver la cueva que sirvió de refugio al santo Moisés al subir de nuevo a la montaña de Dios para recibir otra vez las tablas de la Ley, tras haber quebrado las anteriores a causa del desvarío de su pueblo; asimismo se dignaron mostrarnos todos los demás lugares, bien los que nosotros les solicitábamos o los que ellos conocían sobradamente.

EL HOREB

Quiero que sepáis una cosa, venerables señoras y amigas mías, y es que desde la cumbre de aquel promontorio que se alza en medio de los otros, veíamos tan por debajo de nuestros pies todos aquellos montes que tanto trabajo nos había costado escalar y que rodeaban a este pico central en el que nos encontrábamos que parecían desde aquí collados insignificantes, a pesar de ser tan excelsos como no creo haber visto jamás altura alguna, si no es este pico central que los supera a todos con creces. Egipto, Palestina, el mar Rojo, el mar Parténico²⁴ que lame las riberas de Alejandría, así como los confines dilatados de los sarracenos²⁵ se remansaban bajo nuestra mirada de manera apenas creíble. Y cada cosa, nos la iban indicando aquellos santos hermanos.

CUADERNOS DE HORIZONTE

Una ventana a la que asoman ideas y también miradas con las que volver a reconsiderar los lugares que transitamos. Textos breves para pensar el viaje a través de la sociología y el pensamiento; la crónica o el relato breve, sin que falte una reflexión sobre la naturaleza y el paisaje.

CU#6

El paisaje habitado

CARLOS MUÑOZ GUTIÉRREZ

CU#7

Crónicas de Islandia

JOHN CARLIN

CU#8

El valle feliz

ANNEMARIE SCHWARZENBACH

CU#9

Naturalezas

RALPH WALDO EMERSON

CU#10

Ensayo sobre el exotismo

VÍCTOR SEGALEN

CU#11

Viaje de Egeria

CARLOS PASCUAL (ED.)

El relato de viajes más antiguo en nuestro país del que se tiene noticia fue escrito por una mujer. Lo habría redactado en el siglo IV una dama gallega llamada Egeria en forma de cartas dirigidas a sus amigas. Aún hoy, lo que se conserva de este fatigoso viaje de peregrinación a Tierra Santa no ha perdido ni la frescura ni el valor testimonial que supuso tan largo periplo en las postrimerías del Imperio Romano, vivido y relatado desde la perspectiva de una mujer singular, curiosa y decidida.

A través de la Vía Domitia, la autora recorre Constantinopla y los escenarios bíblicos de Jerusalén, Egipto, el Sinaí y Mesopotamia, tomando nota e interesándose por todo lo que ve. Carlos Pascual se ocupa de la traducción de esas cartas, así como de la introducción, notas y bibliografía de esta *Peregrinatio* o *Itinerarium*, un texto redactado en el siglo IV, copiado en el siglo XI por un monje de la abadía de Montecasino y recuperado felizmente a finales del siglo XIX.

Yo, que soy un tanto curiosa...

EGERIA

IBIC: FJH; WTL

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

WWW.LALINEADELHORIZONTE.COM

